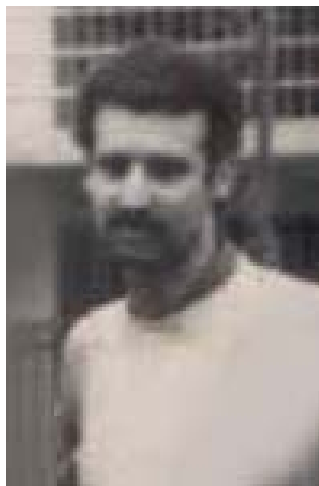


BORDAS PAZ, José Francisco

(Dossier 17 Pág. – 9 artículos)



NOMBRE COMPLETO:

José Francisco Bordas Paz

EDAD al momento de la detención o muerte:

31 años al momento de su muerte

PROFESION U OCUPACION:

Ingeniero Civil

FECHA de la detención o muerte:

5 de diciembre de 1975

LUGAR de la detención o muerte:

Santiago. XIII región.

ORGANISMO RESPONSABLE de la detención o muerte:

Servicio de Inteligencia de la Fuerza Aérea de Chile (SIFA)

TIPO CASO de violación de derechos humanos:

Ejecutado

HISTORIA PERSONAL Y POLITICA:

Casado dos hijos, miembro del Comité Central del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR-Chile)

José Bordas, de 31 años de edad, era casado y tenía dos hijos. Era miembro del Comité Central del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). El día 5 de diciembre de 1974 fue detectado por efectivos del Servicio de Inteligencia de la Fuerza Aérea de Chile (SIFA), produciéndose un enfrentamiento armado en el que Bordas cayó herido; fue llevado al Hospital de la Fuerza Aérea de Chile, lugar donde falleció el 7 de diciembre del mismo año.

El 5 de diciembre de 1975 murió José Francisco BORDAS PAZ, ingeniero civil, dirigente del MIR, quien luego de haber salvado con vida del operativo que terminó en la muerte de Miguel Enríquez, falleció en un enfrentamiento con agentes del SIFA en el sector alto de Santiago luego de una larga persecución en automóvil, el 5 de diciembre de 1974.

La Comisión considera que José Bordas cayó como consecuencia de la violencia política.

(Corporacion)

-----0-----

Un lápiz pasta marca "BIC"

Dedicado a José Bordás «Coño Molina»

Martín Faunes Amigo

El irregular evita el enfrentamiento
para golpear en la hondonada más conocida,
en el monte más perfecto.
Lo propio hace el urbano en la esquina precisa,
en el callejón más seguro.
«Guerra irregular y prolongada»

Yo no tuve como otros la oportunidad de escribir con lapiceros de los buenos. Durante los primeros años de colegio usé los típicos lápices negros «B2» de reglamento, pero cuando se nos autorizó a usar tinta y yo soñaba con una Parker o una Sheaffer, mi madre apareció con un tipo de pluma hasta entonces desconocida que no usaba tinta sino pasta y cuando su pasta se agotaba había que comprar una nueva. No era el lapicero esperado pero era el que podían comprarme, así me lo dijo mi madre en su mirada y así lo entendí yo también, por eso nada mencioné al respecto. No me quedó sino trabajar con ellos y aprender a quererlos. Fue con esos lápices que cultivé el gusto por echar al papel acciones e imágenes, un vicio que cuando se adquiere no hay manera de abandonarlo.

Muchos años después, poco antes del golpe, mi compañera me regaló un lapicero Parker como el que yo quería por los once o por los doce, e hizo que me lo entregara nuestro hijo mayor, el único que teníamos entonces. Fue verdaderamente lindo, era mi cumpleaños. Cambié así mis lápices BIC por el Parker y escribí páginas y páginas, acrecentándoseme esta necesidad de crear historias, donde mi lapicero pasó a ser cómplice, acompañándome además a las reuniones, a los contactos; ésa fue una de las cosas que me perdió. Es que a mí me pudieron cambiar el cabello liso por crespo, el rostro con barba por otro lampiño, me pusieron terno y corbata; sin embargo el vicio de escribir no pudieron quitármelo. Para entonces escribía en el momento que fuera, en los parques, en las micros; escribía incluso caminando. No es broma, mucha gente lo hace. En mi caso había ingeniado un tablero donde me apoyaba y mantenía firmes las hojas con un sujetador de resortes para así caminar mientras le sacaba trote al lapicero. Quizá los únicos momentos en que no escribía era mientras jugaba al pool, mi otro vicio adquirido por los quince cuando tuve necesidad de sentirme importante. Sin embargo, aún entonces, pensaba en historias mientras intentaba echar bolas o sacarme pillos. Eran ésas oportunidades en que escribía pensando, pero así no se notaba, de hecho hacía muchas cosas mientras pensaba en cuentos y en poemas, y nadie se percataba tampoco; no obstante cuando escribía caminando me hacía evidente. Y caminando iba, sumido entre líneas de ficciones, por eso no alcancé a darme cuenta de que cuando alguien gritó «¡es el escribiente!», ese alguien lo decía por mí.



Se me ocurre que los que ya no pudieron aguantar más los golpes y no les quedó sino entregarme, lo hicieron con esta característica mía, la única que no era posible cambiar. Pero son cuentas que sólo ahora viéndolas de lejos logro sacarlas. Para entonces alcancé apenas a sujetar firme la pluma mientras un trueno me quemaba bajo el brazo. No sentí nada más, desperté sin mi legajo de cuentos y sin mi lapicero.

Alguno de esos perros que me atraparon debió quedarse con él. En cuanto a mis hojas se esparcieron por el viento mientras yo mismo me perdía una y otra vez entre las propias líneas de mis ficciones.

Iba a ser todo para este escritor caído y jugador de billares, porque a los que hacían el trabajo que nosotros hacíamos no se les perdonaba: iban a obligarme a entregar la red y después me asesinarían, y si no lograban quebrarme, me asesinarían aunque fuera por gusto. Ese era el derrotero lógico y esperable para mí, considerando también que el intento por quebrarme pasaría por la detención de mi compañera que estaba embarazada y de nuestro hijo, si podían encontrarlos.

Intentarían hacerme revelar sus casas de seguridad, por allí empezarían, y querrían detener también a mi madre y a mis hermanos; aunque ellos nada supieran y nada pudieran decirles. Lo de mi mujer sí que era complicado porque muchas veces había trabajado como mi enlace, además una mujer embarazada me parecía más vulnerable. Eran en todo caso elucubraciones vacías porque hablara yo, o no hablara, o hablara ella, o no hablara, en definitiva me asesinarían. Hasta allí llegaban mis sueños, además ya ni siquiera tenía mi lapicero Parker para gozar escribiendo. Puede sonar raro que lo diga pero en las circunstancias en que estaba, con los ojos vendados y con unos tipos que ya me habían quebrado las costillas, aunque no sea fácil creerlo, se vienen a la cabeza cosas estúpidas como un lapicero Parker robado. Pero no sólo cosas estúpidas; en mi caso me daban vueltas también, confusas y lejanas, instrucciones del Coño Molina, entre otras la de llevar al enemigo a lugares conocidos donde se pudiera combatir con ventaja. Recordé aquella remota clase suya –todo me parecía remoto– después de la cual todo el MIR realizó situaciones operativas sobre zonas y lugares conocidos donde cada uno pudiera obtener esas anheladas ventajas. Bonito en teoría, pero en la práctica, cómo.

Un pasado remoto y un futuro en tinieblas. Mi situación operativa ideal la había realizado en el propio barrio de mi niñez, la Villa Olímpica, y volvía a verla en la mente en mis planos hechos como un informe de laboratorio para mi escuela. Aparecían así la textura del papel diamante con sus bordes que cortaban, el olor a tinta china, los diferentes tipos de letras del alfabeto DIN, la línea de cota, la delinatoria de veredas y esquinas; también el tiralíneas de acero y la pluma «R» filosa ocupada para trazar esa tinta china que ahora se me presentaba nebulosa con su olor. Una pluma filosa como ésa era quizá lo que ahora me hacía falta, una pluma «R» filosa o el tiralíneas de punta doble; sin embargo mi lapicero perdido era el que me surgía junto al preguntarme una y otra vez si mi compañera y mi hijo y mi futuro hijo estarían de verdad a resguardo. Eran reiterados también los cuatrocientos golpes que a cada cierto tiempo recibía entre nubes de patadas.

Pero ya estaba decidido. Si mis conclusiones eran correctas y si yo era de verdad un hombre muerto, qué más daba jugármela; es más: tenía que jugármela. Me declaré entonces quebrado y les pedí suplicando que ya no se ensañaran. Les inventé a modo de confesión que a la mañana siguiente tendría un punto con mi contacto del comité. «¿Quién es?» me preguntaron media docena de voces, y mientras algunas de esas voces gritaban hacia afuera que «el escribiente iba a hablar», otra voz me sacó la venda de un tirón para que lo indicara en un pizarra donde tenían un organigrama de nosotros mismos. Indiqué donde había un hueco sin foto, eso los forzaría a llevarme para que se los indicara al llegar. Cosas como ésas es capaz de maquinarse uno a pesar del dolor y del espanto, y cuando quisieron saber el lugar donde nos encontraríamos con ese supuesto contacto, entre lamentos mencioné la Villa Olímpica cerca de la Piscina Mund. Cambió el trato para mí. Un médico se

preocupó de tratarme y me vendó la herida bajo el brazo, además me dieron de comer y, aunque permanecí con los ojos cubiertos, las cosas mejoraron bastante. Mejoraron, cierto, aunque uno de los perros muy borracho que llamaban «el troglo», molesto por perder la oportunidad de continuar pateándome, me lanzó un último golpe mascullando «creí que valías un poco más, cobarde...»

No puedo decir que dormí bien esa noche. Según el Coño, parte de la preparación para un combate pasaba por dormir bien y descansar. Por mi parte dormí lo que pude y lo mejor que se puede dormir encogido en una perrera húmeda y mal oliente. A la mañana temprano me sacaron a puntapiés e hicieron que me pusiera ropa mejor para que el compañero del contacto no sospechara al verme, me pusieron inclusive una chaqueta; por la misma razón, imagino, hicieron que el médico del día anterior me sacara casi todas las vendas y disimulara mis heridas. Acto seguido me subieron a la parte de atrás de un FIAT 125, lo sé porque aunque no podía ver, reconocía las formas del asiento como reconocía también los ruidos del motor y el del paso de los cambios. Es que eran los mismos que hacían los autos que manejábamos para Allende. Era un «FIAT 125 Special» entonces, si eso era cierto yo sabía abrir desde adentro las puertas de ese auto a pesar de que llevaran seguro. Un punto a mi favor, aunque por decirlo en coa de billares, «tenía unos cincuenta pillos en contra»; entre otras cosas, porque no sabía cuántos vehículos, además del que nos llevaba, participarían en la acción, ni tampoco cuántos hombres llevaría cada uno.

Surgió un segundo punto a mi favor cuando el oficial al volante me cortó las amarras de las manos y me arrancó la venda para que pudiera ver a mi compañero cuando apareciera. Supe entonces que sí iba en un FIAT 125, quizá en uno de los mismos que habían sido nuestros. Además, pude constatar que en el auto íbamos sólo tres personas: el oficial al volante, y en el asiento trasero el mismo troglo, mi torturador principal, y yo mismo, el prisionero. Cabe señalar que el troglo, nada menos, además de llevarme firmemente tomado del brazo, llevaba mi propio tablero con hojas sujetas al borde, posiblemente para tomar notas de lo que le pidiera su oficial. «Si sabría escribir» me preguntaba, mientras entendía que el botín menor había sido para el de menor poder. Si eso era así, quizá el oficial era ahora el dueño de mi lapicero. Pero qué importaba eso ya, lo que necesitaba saber era cuánta gente vendría en los vehículos de acompañamiento que no sabía tampoco cuáles eran, aunque una camioneta roja con tres personajes se me empezó a repetir. Más puntos a mi favor entonces, demasiados. De todas maneras las apuestas seguían por mucho en mi contra, ya que estaba tan golpeado que me iba a costar siquiera desplazarme hasta «mi contacto» cuando ello fuera requerido, por eso me daban así graciosamente ventajas que no podría aprovechar, no después de la tortura, no después de las patadas. Todas sus providencias se orientaban a atrapar a mi contacto. Su idea era que yo acudiera libremente al encuentro de él, el oficial tocaría entonces la bocina como señal para que la gente de los otros vehículos lo atrapara. Se habían puesto de acuerdo en esto incluso delante mio sin importarles que yo pudiera escucharlos. Pero yo los iba a sorprender, ya verían; aunque la ocasión para intentarlo llegó más bien por un error que ellos mismos cometieron: la esquina de Avenida Grecia con Salvador estaba demasiado cerca de la casa de José Domingo Cañas, el lugar donde me tenían prisionero, y llegaron por eso a mi supuesto punto de contacto con unos diez minutos de adelanto, cuestión que pude constatar en el reloj del FIAT. El llegar adelantados los obligó a permanecer bastante tiempo detenidos frente a la panadería de la esquina de Grecia y eso los hizo relajarse, tanto que el troglo se atrevió a pedirle permiso al oficial para comprar un kilo de pan cuyo olor castigaba los sentidos, y el oficial lo autorizó, por lo tanto cuando descendió del auto quedamos uno contra uno. Uno desarmado y mal herido,

el otro fuerte y armado, cierto, pero de igual manera éramos uno contra uno, además estábamos en mi territorio, en el barrio de mi niñez, en el lugar donde los muchachos conocíamos todos los recovecos. Pero si quería ganarle tendría que realizar una jugada rápida y maestra.

Ocurrió todo en un segundo: el troglo al bajar dejó sobre su asiento vacío mi tablita de apuntes con un lápiz BIC tomado de un elástico, y yo no lo pensé dos veces; en realidad no alcancé siquiera a darme cuenta de qué verdaderamente estaba pensando. Vi la jugada desde afuera como asistente a una proyección de mí mismo: inclinado sobre una mesa de pool. Pero mi taco de maple sería ese lápiz BIC similar al que me regalara mi madre, me apoderé de él y antes de que el oficial pudiera darse cuenta lo tenía clavado en el ojo derecho. El pobre tipo no atinó más que a tratar de sacárselo y a emitir el rugido de sufrimiento de los tigres de Kuala-Lumpur, yo mientras tanto le daba a la puerta el golpe seco con la parte de afuera de la rodilla con que abríamos los autos de Allende. Y salí, pero a medias, porque el oficial en un acto insensato, en vez de preocuparse por perder el ojo que se sujetaba con una mano, con la otra alcanzó a sujetarme de la chaqueta, y forcejeó para que no me escapara. Se produjo entonces una situación confusa que veo también desde el aire en tercera persona, y así, en tercera persona asisto nítido a cómo lo ataco con todo, inclusive a mordiscos, y él continúa, a pesar de todo, sin soltar la chaqueta que me sacó y se queda en su mano. Se quedó con la chaqueta y su dolor mientras yo me iba de bruces al pavimento, pero conseguía erguirme para escapar. Pasé por detrás de la camioneta roja con sus ocupantes distraídos, crucé Avenida Grecia, nadie me perseguía. Salté la muralla baja de la Piscina Mund que daba hacia la vereda sur como lo hacíamos de muchachos para bañarnos sin pagarles, casi caigo a la pileta de saltos ornamentales. Escuché a lo lejos los bocinazos del FIAT, pero a mí ya no me paraba nadie. Llegué hasta el fondo de las instalaciones de la piscina y seguí la situación operativa que había realizado pedida por el Coño: me devolví escondiéndome sin carreras locas, atravesé el salón de pool donde jugábamos en los veranos. Disimulé ante los empleados con que alcancé a toparme. La idea era que los perseguidores supusieran que seguiría escapando hacia atrás de la piscina por la Villa Olímpica, pero no, yo me devolvería sin estruendos y subiría por la escala normal hasta la azotea del edificio de departamentos rojo de la vereda norte de Salvador con Grecia, ahí mismo desde donde cinco minutos antes me había escapado. Y eso hice, me devolví y tenía razón: cuando salté de vuelta el muro de la piscina a la vereda sur de Grecia nadie había, ninguna camioneta, ningún bestia, la jauría fracasada me estaría persiguiendo acaso hacia al sur, hacia Guillermo Mann o hacia las bodegas de la Estación San Eugenio. Pero yo, en vez de esa ruta de escape lógica, crucé de vuelta Avenida Grecia hasta el edificio rojo de mi niñez, pasé frente a la panadería de nuevo. Ahí sí había gente: un par de muchachas en la puerta que se quedaron mirándome y tal vez pensando en si no sería yo el que había provocado tamaño alboroto. Quise pedirles ayuda porque me caía a pedazos, quise pedirles ayuda o pedirles al menos que no me denunciaran, pero no me salieron palabras; sólo pasé junto a ellas y seguí para subir lastimosamente hasta la azotea y después por la escalera de fierro de la segunda copa de agua, aquella que por problemas de estructura jamás funcionó como tal. Ahí estaba otra vez, vacía aún, igual como lo había estado desde hacía doce o más años, tal como yo lo había considerado en mi situación operativa aprobada por el propio Coño Molina y realizada en papel diamante y tinta china



trazada con pluma "R" filosa, aunque con el filo del lápiz BIC del troglodita había sido más que suficiente.

Me deslicé al interior de la copa como cuando subíamos y nos escondíamos ahí con otros muchachos y después con muchachas. Me ayudó para conseguirlo mi baja estatura y mi absoluto conocimiento del terreno; el Coño tenía toda la razón, podía reconocer su genialidad. Apenas entré a la mole de cemento caí en un sopor que se transformó rápidamente en un manto negro que me obligó a soñar una y otra vez que todo empezaba de nuevo y que ahí iba yo otra vez, lapicero en ristre, revisando cuentos que no podía terminar porque me destrozaban los brazos. Eran sueños de espanto que no obstante me permitieron permanecer silencioso y a resguardo e inclusive descansar ahí en esa copa seca que nosotros solamente, los que vivíamos en esos edificios, sabíamos que lo estaba y que siempre lo había estado. Bueno, nosotros y los del agua potable seguramente, pero ellos no, las bestias no; razón para que la operación rastrillo que montaron no se preocupara de la primera copa con agua ni tampoco de la segunda, «de haberse escondido ahí, el fugitivo se habría ahogado», supusieron. No sé cuánto tiempo permanecí ahí dormido en la copa número dos sin agua, pero después, despierto, seguí escondido hasta la noche del día siguiente en que salí muerto de sed y volándome de fiebre; aún así logré llegar a la casa de seguridad donde mi compañera todavía me estaba esperando. Supe entonces que mi madre y mis hermanos permanecían ocultos todavía, habría que pensar en sacarlos del país. En cuanto a mí, no me quedaba sino abrazarme de mi compañera y abrazarme también de mi hijo y del otro, el que aún no nacía pero que sin duda se daba muy bien cuenta de lo felices que estábamos.

Hoy que después de tantos años recorro con mi nieto la esquina de Grecia con Salvador, me encuentro con que en el terreno inmenso donde estaba la piscina Mund, construyeron edificios, y que además Grecia es una avenida que difícilmente podría cruzarse sin esperar a que el semáforo lo permita. Está, eso sí todavía, el edificio rojo, hogar de mi niñez, y se alcanzan a ver las dos copas de agua en su azotea. La número dos aún debe estar vacía. Reconozco también el aroma a pan fresco en el ambiente y no puedo evitar ir hacia él e ingresamos por eso a la panadería. Pido un kilo que una muchacha me pasa humeante. Pago y saco uno de la bolsa para dárselo al niño que lo toma con sus manitos cubiertas con las mangas alargadas para evitar quemarse. Es cuando veo junto a la caja un frasco con lápices BIC cuya venta anuncian a ciento veinte pesos. Me quedo observando por unos instantes esos instrumentos de escritura que sirven también para otras cosas, mientras la muchacha me devuelve al planeta Tierra y a la esquina de mi escapada preguntándome qué más deseo. Le respondo sin intención real de responderle, más bien, al contestarle que alguna vez dejé por aquí un lápiz de pasta como éstos, lo hago como pensando en voz alta y dejándola así entrar en mis pensamientos. No ayuda sin embargo, porque la muchacha empieza a decir como una letanía, quizá para escucharla sólo ella misma, que ninguno de estos lápices puede ser el que yo olvidé, porque éstos acaban de llegarle, y agrega también otras razones y disculpas que en realidad no me tiene por qué dar y que de todos modos, devuelto otra vez al pasado, no le escucho ni le entiendo. En mis pensamientos surge entonces la incredulidad de verme otra vez por acá en el rincón donde me escapara, al cual no pensé jamás que volvería, mucho menos de la mano de mi nieto; y deseo contarle al niño la historia de mi escapada a partir de aquello de los lápices «B2» de reglamento, aunque acepto que él con sus poco más de tres años no podría entenderlo. Salimos de vuelta a la vereda y un sol que nos atrapa deslumbrante me obliga a entre cerrar los ojos y a volver por un momento más a ese día y a esa hora, y a dudar otra vez de que pueda estar vivo aún, y de vuelta. La muchacha de la panadería se acerca sin embargo y, como prueba palpable de que sí estoy aquí, y de he venido de la mano

de mi nieto, pone un lápiz BIC en la mano del chiquillo y nos dice «tomen, les regalo éste para ustedes».

Este testimonio fue escrito tras ser recordado en un activo de memoria histórica organizado en Santiago, en diciembre de 2001. Su protagonista, uno de los pocos militantes que logró escapar de las garras de la DINA, y que vive todavía fuera de Chile, tuvo un feliz encuentro con «Las historias que podemos contar» pocos días antes de que este libro fuera impreso y lanzado.



José Francisco Bordás Paz, nacido en julio de 1943, era Ingeniero y miembro del Comité Central del MIR, organización revolucionaria del cual era además su jefe militar. José Bordaz, de nombre supuesto «Coño Molina», fue ejecutado en el AGA, después de prolongadas sesiones de tortura y tras haber sido atrapado gracias a la delación del traidor que llamaban «el Barba».

-----0-----

Ayer cuando me enteré

**Para José Francisco Bordás Paz,
"el Coño Molina"**

Ayer, cuando me enteré de que me carearía con Cevallos, y sería además la primera, me puse nerviosa. Pasar, además, de nuevo por tribunales y jueces (aunque esta vez no sean brasileños y mi rol no era en el banquillo), igual me intranquilizaba. Pero hoy llegó el día y, al verle la misma cara de siempre, sólo un poco más viejo, los recuerdos y la rabia afloraron en mí.

Les puedo decir que sentí una especie de satisfacción de enfrentarlo por fin, a pesar de la nausea que también me provocaba su repugnante presencia. Como todos los cobardes, como los otros de su casta que antes pasaron por lo mismo, como una rata, no me dió la cara, nada reconoce, nada recuerda, dice que está enfermo. No recuerda que me tomó presa en la calle, que me torturó, que me mantuvo vendada. Ante tanta amnesia, pedí permiso a la magistrada para refrescarle la memoria y le dije: ¿Tampoco recuerdas cuando baleaste al Coño Molina, y me llevaste de noche al hospital para torturarnos psicológicamente...? Me diste pocos minutos, dos tres, lo suficiente para comprobar que el Coño había resistido la operación y estaba bien; lo que corroboró el médico cuando lo interpele en la puerta.

Pero el Coño estaba resuelto a no ceder. Esa misma noche, 5 de diciembre, lo mataron y trataron de cubrir el crimen diciendo que no resistió la operación. Yo sé, y se lo dije, Cevallos es responsable. Yo no lo olvido, ninguno de nosotros lo olvida.

RUCIA
Noviembre 2001

-----0-----

Saramago y Manu Chau dicen no a la impunidad en caso José Bordaz

La Nación, Jueves 3 de Noviembre de 2005



La hija del historiador Leopoldo Castedo afirmó que los militares responsables de la muerte del dirigente del MIR José Bordas mienten. Además trae una misiva firmada por el Premio Nobel portugués, el autor de “Clandestino”, Armando Uribe, Faride Zerán y Jaime Collyer, entre otras personalidades que piden justicia en las querellas por torturas a más de 40 chilenos durante la dictadura que hoy podrían no llegar a buen puerto.

Javier Rebolledo

Beatriz Castedo, hija del historiador Leopoldo Castedo, llegó a Chile hace unos días y se transformó en la testigo clave del caso del asesinato del dirigente del MIR, José Bordas. La mujer porta consigo una carta dirigida a la Corte Suprema firmada por personalidades mundiales como el premio Nobel de Literatura José Saramago, el Nobel de la paz Adolfo Pérez Esquivel, el músico Manu Chau y el obispo de Chiapas Samuel Ruiz, entre otros. La misiva, que se entregará hoy jueves en las dependencias del mayor tribunal del país, pide justicia por el caso de Bordas y por las torturas que recibieron a manos de los integrantes de la SIFA (Servicio de Inteligencia de la Fuerza Aérea) en la AGA (Academia de Guerra) cerca de 40 chilenos, entre ellos 20 aviadores de la FACH. Dentro de este último grupo se encuentra el general Bachelet, detenido en ese centro de tortura y las estimaciones señalan que durante el período en que funcionó el AGA pasaron más de 700 personas. Tanto la querella de los civiles como la de los integrantes de la aviación son del 2001 y fueron adjuntadas en la misma causa. Sin embargo, hace un mes, el juez Fuentes Belmar envió la última a la Fiscalía de Aviación. La polémica se desató debido a que la FACH se negó a recibirla debido a que como institución no se hacen cargo de los crímenes ocurridos durante la dictadura y ahora la Corte Suprema tiene que decidir sobre la competencia de los tribunales: “No ignorará VSE los fuertes cuestionamientos a la Justicia Militar, los que incluso implicaron un pronunciamiento de la Comisión de Derechos Humanos de la OEA señalando que la justicia castrense no ofrecía garantía de imparcialidad y debido proceso”, señala un párrafo de la carta.

Lo que molesta a Castedo es que las querellas aún no se resuelvan y que los responsables, como Cevallos y los integrantes de su equipo de tortura, aún anden libres por las calles. “Ya se han entregado todas las pruebas para acusar a Cevallos y ser condenados por torturas y asesinato.”, señala la mujer. La carta además fue firmada por personalidades chilenas como el poeta Armando Uribe, el senador Carlos Ominami, la escritora Isabel Allende, Faride Zerán, Jaime Collyer y José Balmes por mencionar a algunos.

TESTIGO CLAVE

Beatriz Castedo declaró el miércoles de la semana pasada por el caso del asesinato del dirigente del MIR José Bordas. Es la testigo clave, ya que presenció el atentado ocurrido en la intersección de las calles avenida Kennedy y Alonso de Córdova en 1974. Debido de los siete impactos de bala que recibió en todo el cuerpo, el dirigente del MIR murió posteriormente en el hospital de la FACH. Lo grave es que

los presuntos responsables del crimen y cabecillas del centro de torturas de la AGA, Edgar Cevallos Jones, Sergio Contreras Mejías y Braulio Wilkins, estarían mintiendo sobre el asesinato de Bordas. O, más bien, le están echando la culpa al muerto. Los ex integrantes del SIFA declararon al juez Fuentes Belmar quien sustancia la causa, que el ejecutor de Bordas fue Roberto Fuentes Morrison, "El Waly". Sin embargo, Castedo acaba de declarar que además del "Wally, también descargó su arma sobre Bordas, el coronel Cevallos Jones. Es grave pues de comprobarse se trataría de una conspiración elaborada meticulosamente entre los presentes en el asesinato. Este miércoles, Castedo se careó con Cevallos y hoy jueves lo hará con los otros dos que conformaban el equipo encargado de eliminar a Bordas.

-----0-----

Personalidades de todo el mundo escriben a la Corte suprema chilena

Causa de DD. HH. : la justicia castrense no ofrece garantía de imparcialidad

Beatriz Castedo Mira
Porlalibre

Hace unos días llegó a Chile Beatriz Castedo, hija del fallecido historiador español Leopoldo Castedo. Beatriz, quien actualmente reside en Chiapas, México, declaró, en calidad de testigo presencial, en el caso del asesinato del dirigente del MIR, José Bordas, ocurrido en diciembre de 1974. Sin embargo, el juez que sustancia la causa, Eduardo Fuentes Belmar, se declaró incompetente y es ahora la Corte Suprema chilena quien debe determinar si envía o no el caso a la justicia militar. Para evitar que ello ocurra, Castedo entregó una carta al titular de la Suprema, Marcos Libedinsky, que además de su firma, incluye las de reconocidas personalidades mundiales como José Saramago, Adolfo Pérez Esquivel, Manu Chau y el obispo emérito de San Cristóbal de las Casas, Samuel Ruiz, entre otros.

A continuación, entregamos el contenido de esta carta:

Sr. Presidente Excelentísima Corte Suprema de Justicia Presente.

Estimado señor:

En diciembre del año 1974, yo tenía 18 años y realizaba labores en la resistencia a la dictadura. Por ese motivo fui secuestrada y torturada por el Servicio de Inteligencia de la Fuerza Aérea (SIFA) en la Academia de Guerra Aérea (AGA). En este aciago período de cautividad fui testigo de múltiples y graves delitos perpetrados por ese cuerpo de inteligencia contra chilenos, padecí y vi torturas y asesinatos.

Uno de los eventos más fuertes y gravitantes de la que fui testigo fue el asesinato premeditado de José Bordas Paz, dirigente del MIR. Pude ver como el vehículo en que Bordas viajaba fue interceptado por otro tripulado por agentes de la SIFA, y fui testigo presencial de cómo el entonces coronel Edgar Cevallos Jones, y otros oficiales y agentes lo asesinaron. En ese operativo dirigido por Cevallos Jones, también fue particularmente importante la participación criminal de Leonardo Schneider Jordán, agente civil al servicio de los organismos de seguridad de la Fuerza Aérea de Chile (Fach).

Estos hechos fueron objeto de impunidad por muchos años hasta que en 2001 se

presentaron sendas querellas que, primero bajo la substanciación de jueces de dedicación exclusiva, y luego bajo Ministro en Visita, obtienen importantes avances para la obtención de verdad y justicia.

No obstante encontrarse muy avanzada la investigación judicial, y amenazando frustrar los esfuerzo de justicia, se ha generado una contienda de competencia entre la justicia civil y la de aviación, la que debe finalmente ser dirimida por el Vuestra Señoría Excelentísima (VSE). Ello significa un nuevo retardo en el anhelo de verdad y justicia. No ignorará VSE los fuertes cuestionamientos a la justicia militar, lo que incluso implicó un pronunciamiento de la Comisión de Derechos Humanos de la Organización de Estados Americanos (OEA), que señaló que la justicia castrense no ofrece garantía de imparcialidad y debido proceso.

Creemos que en una cuestión así de trascendente amerita una pronta resolución, en razón de esto solicitamos, que dentro de sus facultades legales, incorpore en forma privilegiada esta cuestión de competencia a tabla, de manera que se produzca un pronta vista de la causa, y así se pueda confirmar finalmente la competencia de los tribunales civiles, únicos que ha nuestro juicio dan garantías de independencia e imparcialidad.

Beatriz Castedo Mira.

3 de noviembre de 2005

Adscriben esta carta:

(Extranjeros)

José Saramago
Pilar del Rio
Marcos Ana
Manu Chau
Samuel Ruiz
Adolfo Perez Esquivel
Regis Debray
Yvon Le Bot
Adolfo Gilly
Tessa Brisac
Guillermo Almeyra
Juan Gelman Miguel
Bonasso Norma
Sanchiz Gina Ocaranza
Eduardo Galeano
Médicos del Mundo España
Asociación de Ex Presos Políticos Chilenos en Francia

(Nacionales)

Hortensia Bussi de Allende
Isabel Allende
Carmen Soria
Andrés Aylwin
Mónica Echeverría
Volodia Teitelboim

José Balmes
Carmen Castillo
Roser Bru
Armando Uribe
Luis Astorga
Jaime Collyer
Lia Maldonado
Paula Hernández
Héctor Osvaldo
Peña Ramírez
Víctor Javier Cornejo
Alfaro Jamina
Arias Rivera
Carlos Young Downey
Verónica Frun
Faride Zerán
Carolina Avendaño
Elizabet Ropert
Coordinación Nacional de Ex Presos y Presas de Chile
Coordinación Querellantes Grupo Fach
Coordinación Querellantes Civiles contra AGA
Comisión Ética Contra de la Tortura

-----0-----

Carta de Beatriz Castedo a Lagos: Exige Justicia para el Coño y Todos los Caídos



29 de octubre, 2005.

Sr. Ricardo Lagos E.
Presidente de la República de Chile
Presente.

Estimado señor:

Me dirijo a usted en consideración a la relación de amistad que mantuvo con mi padre Leopoldo Castedo y esperanzada en que el proceso de ampliación de la verdad y justicia que se viene produciendo en el país, pueda finalmente expresarse en el proceso judicial sobre los casos de violaciones a los derechos humanos ocurridos en los recintos de la Academia de Guerra de la Fuerza Aérea de Chile.

En diciembre del año 1974, yo tenía 18 años y trabajaba en la resistencia a la dictadura. Por ese motivo fui secuestrada y torturada por el Servicio de Inteligencia de la Fuerza Aérea, en la Academia de Guerra Aérea. En las circunstancias de mi secuestro, presencié la emboscada planificada por el Servicio de Inteligencia de la FACH, que tuvo por objeto el asesinato de José Bordas Paz, dirigente del MIR. Ese operativo lo dirigía el entonces Coronel Edgar Cevallos Jones, acompañado por otros oficiales y Leonardo Schneider, agente civil al servicio de los organismos de seguridad de la Fach.

Este proceso de búsqueda de la verdad y la justicia ha sido largo y angustioso para muchas familias. Nosotros lo que demandamos es justicia, pues a pesar que existe

la querrela 1058 en la cual 70 víctimas de tortura, entre ellas 30 miembros de la FACH, han entregado todas las pruebas para acusar a Edgar Cevallos J. y otros oficiales para ser condenados por torturas y asesinato, estos sujetos se encuentran aún en libertad, y sus crímenes están en la más absoluta impunidad y entre los cuales está la muerte a consecuencia de la torturas infligidas del General Alberto Bachelet.

Por intermedio de la presente, le solicito a usted, Sr. Presidente, pueda instruir al ministro de justicia para que el Gobierno le represente a la Excelentísima Corte Suprema, la necesidad que este proceso culmine con las condenas, independientemente de los personajes y las consecuencias institucionales.

Beatriz Castedo Mira

Necesitamos que acompañes a Beatriz Castedo en esta petición, por favor agrega tu Firma y Rut y envíala a abordas@terra.cl

-----0-----

Este Miércoles 2 de Noviembre a las 12 horas Beatriz Castedo, hija de Leopoldo Castedo, unica testigo presencial, sobreviviente del asesinato de Jose Bordas Paz dirigente del MIR se careara con Edgar Cevallos Jones jefe de la SIFA asesino de Jose Bordas en los Tribunales de Justicia ante el Ministro Juan Fuentes Belmar

Posterior al careo con Cevallos, Beatriz Castedo, Familiares de Jose Bordaz y representantes de los Querellantes Aviadores y Civiles de la AGA entregaran una carta al Presidente de la Corte Suprema denunciando el asesinato de José Bordaz Paz, dirigente del MIR; y el proceso de búsqueda de la verdad y la justicia de los querellantes de la Causa 1058 en la cual 40 víctimas de tortura, entre ellas miembros de la FACH, han entregado todas las pruebas para acusar a Edgar Cevallos Jones y otros oficiales para ser condenados por torturas y asesinato, estos sujetos se encuentran aún en libertad, y sus crímenes en la más absoluta impunidad.

Se le solitaria a la Corte Suprema que dirima la contienda de Competencia que hoy dia se dirime alli sobre la Querrela Causa 1058

Se le solicitara instruir al ministro de justicia para que el Gobierno le represente a la Excelentísima Corte Suprema la necesidad que este proceso culmine con las condenas, independientemente de los personajes y las consecuencias institucionales.

Solicitamos que esten presentes todos los compañeros con sus lienzos, pancartas etc para acompañar en este momento tan importante de denuncia en los Tribunales.

Solicitamos que se adhieran personalidades nacionales e internacionales que firmen estas 2 cartas por favor a la brevedad posible

Ya esta comprometida y citada toda la prensa internacional, grandes personalidades han apoyado la carta

¡NO FALTES, TE ESPERAMOS!

Cariños
Carmen Gloria Díaz

-----0-----

Homenaje a María Teresa Eltit y al Coño Molina

El Coño Molina no se no se prestaba para bromas

Fue algo que intuí en cuanto nos recibió, en su escuela de Beaucheff; pero su gesto serio y concentrado no fue suficiente, menos todavía para mí que por aquel tiempo andaba desconcentrado (pasé mucho así desconcentrado); y siguiendo mi costumbre de tomar notas y rayar en los apuntes, y hacer pequeños doblajes en los temas que consideraba importantes, eso mismo empecé a hacer, al borde de las hojas que me pasó, en el anonimato que da el sentarse en la tercera fila de pupitres, detrás de los ocho o doce militantes a los que el "el coño" nos daba nuestra primera instrucción especial, que deberíamos traspasar al resto de los compañeros en nuestras unidades. Por supuesto: para mí que con mi desconcentración poco entendía lo que el coño ahí adelante nos explicaba de manera paciente y meticulosa, todos los temas que nuestro instructor abordaba me parecía que "podían ser interesantes", mis apuntes comenzaron a llenarse de dobleces, rayas y manchas.

El coño me vió pero yo no vi que me hubiera visto, o más bien, qué me importaba que él me viera o no me viera. Así era como yo trabajaba con apuntes, y qué diablos, así lo haría ahora; con mayor razón, desconcentrado y decaído como andaba.

Sólo que el coño de pronto se me acercó con chispas en los ojos, y me lanzó a la cara: "con este asco de apuntes vas a traspasar la información de primera calidad que te estoy entregando?"

No supe qué pensar, ni qué decir. Tenía toda la razón, toda. Yo no tenía derecho a rayar ni a estropear, la información que el coño me estaba dando era notable, un esfuerzo tremendo. Lo pude apreciar, sobre todo unos días después, cuando pude releerla en mi cama de enfermo en el "Jota Aguirre", donde me curaron la fiebre tifoidea que ya me estaba matando. Claro que eso el coñ no podía saberlo, cómo si ni yo mismo lo sabía.

Conocí en mal momento al coño Molina que no se prestaba para bromas, hoy daría cualquier cosa por que él estuviera con nosotros aunque quisiera increparme otra vez por rayar y doblar las puntas de sus apuntes. Por último, yo no tenía ningún derecho de hacerlo.

Coño querido, yo sé que te la jugaste con todo, te faltó tan sólo un poco de suerte y tal vez habrías podido safarte. Así libre, quizá hubieras podido salvar a tu propia María Teresa, que se portó tan noble, tan valiente. Ni por eso tuvieron compasión. A los perros cuando se degradan a hienas, no les queda sino destruir cualquier atisbo de nobleza.

Martín Faunes A.

La hija del palestino,

la compañera del español

-----0-----

Lorena Sandoval

El verano de mil novecientos setenta no fue como los otros, partió a Chillán a los trabajos voluntarios a conocer más y a contribuir al desarrollo de las luchas en la zona. Así era ella; y después de discutir y hacer planes con la gente del lugar, se reía con su prima Marta al recordar una borrachera con enguindado, así era ella también. Ella y su prima que juntas en la fogata se narraban historias de terror que no asustaban. Aunque en una ocasión sintieron miedo al invocar a ciertos espíritus, y Marta se desmayó. El miedo a veces desmaya. Tuvieron que dormir juntas y abrazadas.

Rumbo a la Plaza de Armas, la muchacha observa con sigilo a las personas que transitan a su alrededor. Sin coordinar sus pasos tropieza al caminar. No logra olvidar la última vez que lo vio. A pesar del riesgo que significaba, no vaciló en ir, la imagen del encuentro fue imborrable porque su cuerpo, su nombre y su existencia ya no le pertenecían.

Al ver que la camioneta se detuvo frente a ella, supo del peligro. Se paralizó por el miedo, pero la muerte violenta de José Bordás, la injusticia de aquello, hicieron que pusiera resistencia a los dos individuos que la introducían a la fuerza a la camioneta Chevrolet que no tenía patente ni identificación.

No supo a dónde la llevaron, sin duda era un recinto secreto, había demasiados. Le indicaron que las preguntas en los cuartuchos no las hacía ella sino el "coronta", sólo el "coronta". Sin embargo otra persona comenzó a interrogarla y a exigirle que hablara. Sentada en el camarote, ya sin vendas en los ojos, reconoció a Emilio Irribarren, un pequeño amor del tiempo de la secundaria, quién ahora olvidado de sus convicciones, se había transformado en su enemigo.

El, se limitó al comienzo, a insultarla mientras la intentaba obligar a efectuar retratos hablados, pero cuando la descubrió compañera del "Coño Molina", y se pudo dar cuenta con eso de su nivel en la organización, multiplicó en mucho su nivel de ensañamiento, una máquina de hacer sufrir. No lo detuvieron siquiera los vestigios de aquel romance, los que se pasaban al enemigo, debían mostrar siempre más crueldad, más salvajismo, de otra manera no les creían, sólo superándolos a ellos podían creerles.

Ella, a pesar de la fragilidad con que estamos hechos los humanos, nada dijo del "Coño" como nada dijo de nadie; quizá la ayudó el concentrarse su compañero tan querido, aunque lo hubieran asesinado algunos días atrás y eso fuera algo ya sabido. Cerró los ojos e invocó su rostro y los buenos momentos con él. Recordó también aquel verano en Chillán. Necesitaba soportar el dolor del cuerpo, pero también el más terrible, que sofoca el corazón.

La dejaron descansar unas semanas y le asignaron la tarea de llevar los platos con comida a los demás detenidos. Esta rutina le permitía conversar con ellos, eso sí, tenía que sobrepasar primero la desconfianza que todos se tenían. Su preocupación mayor era el estado de su madre viuda, porque María Teresa fue la única que nació

del romance que vivió ella con un inmigrante palestino que la amó cuando ya estaba en el ocaso.

María Teresa, corrió a la cama, se recostó en el colchón, nerviosa se puso los aros, el interrogatorio había sido duro, al principio los guardias se equivocaron y sacaron a Mónica, otra detenida; una que en el día anterior, en ese gesto tan de mujeres se habían intercambiado con ella la ropa. Se vistió con una falda, polera y las chalas de mezclilla que la misma Mónica le había ablandado, porque ni presa abandonó la maña de tirar los zapatos cuando le dañaban los pies, antes ese favor se lo pedía a su prima Marta.

Con firmeza reclamó el reloj y otras pertenencias que faltaban en el cartucho arrugado que le pasaron. Salió esperanzada en volver a casa, aunque su mirada contradecía sus palabras. Quizás intuía que nunca llegaría a Tres Alamos, el campo donde la reconocerían como detenida, antesala de la libertad.

María Teresa Eltit Contreras, fue detenida en la vía pública el 12 de diciembre de 1974 en Santiago por agentes de la DINA. Era la compañera del Coño Molina, encargado militar del MIR, estudiaba Secretariado en el Departamento Universitario Obrero Campesino (DUOC) y era también miembro del Movimiento de Izquierda Revolucionaria. Se la vio en Villa Grimaldi. Desde entonces, se desconoce su paradero.

Por su parte, el Coño Molina, era ingeniero y, ya lo dijimos, encargado militar del MIR. El Coño fue objeto de una cacería encarnizada que no se detuvo hasta que lograron emboscarlo y asesinarlo. Con su caída el MIR perdió a uno de sus principales y más valiosos elementos.

José Bordás fue emboscado en la casa de calle San Francisco junto a Miguel Enríquez, Carmen Castillo, embarazada y sus dos niñas, y Humberto Sotomayor. José Bordas y este último, lograron escapar durante el comienzo del combate. A uno lo vio Anita, la vecina, saltar al patio de su casa y de ahí a la calle San Francisco; el otro huyó en dirección a Varas Mena, una calle paralela al sur de Santa Fe. Sotomayor se asiló después en la embajada de Italia y posteriormente, José Bordas fue emboscado por el SIFA el 5 de diciembre. Cayó herido y murió dos días después en el hospital de la FACH, después de atroces torturas.

Con respecto a Emilio Iribarren, de nombre supuesto "Joel", el pequeño amor de la secundaria de María Teresa, es una eminencia gris que tendría mucho que decir en torno al destino de nuestra gente desaparecida. Decimos en su favor que fue quebrado en los interrogatorios, donde lo presionaron mostrándole la tortura de su compañera y del hijo de ambos con síndrome de Down. Nosotros no lo juzgamos, decimos sin embargo, que él, funcionario del Banco Santiago en tiempos de las sesiones de documentación de la Comisión Rettig, se negó a declarar en ésta, aduciendo que nada tenía que aportar; lo cual, sabemos que es mentira. Para Emilio, ex Joel, en el tiempo cuando su honor estaba intacto, el declarar lo que sabe sería volver a nacer. Es algo que debería hacer como una manera de redención, como homenaje a un amor antiguo que con su traición mancilló.

-----0-----

Jueves 3 de noviembre de 2005

BEATRIZ CASTEDO, DECLARA EN LA QUERRELLA POR EL
ASESINATO DE JOSÉ BORDAS Y TRAE UNA CARTA BAJO LA
MANGA

Saramago y Manu Chau dicen no a la impunidad

La hija del historiador Leopoldo Castedo afirmó que los militares responsables de la muerte del dirigente del MIR José Bordas mienten. Además trae una misiva firmada por el Premio Nobel portugués, el autor de "Clandestino", Armando Uribe, Faride Zerán y Jaime Collyer, entre otras personalidades que piden justicia en las querellas por torturas a más de 40 chilenos durante la dictadura que hoy podrían no llegar a buen puerto.



Manu Chau (en la foto) Jaime Collyer, Armando Uribe y otras personalidades del mundo de la cultura exigen que se castigue a los culpables en casos de violaciones de DD.HH.

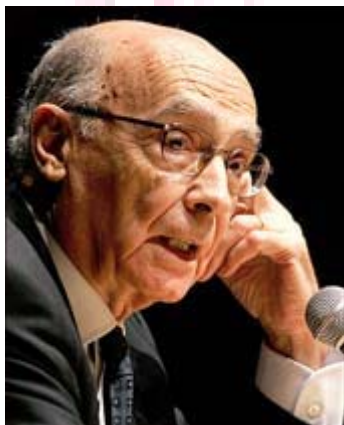
La Nación Javier Rebolledo

Beatriz Castedo, hija del historiador Leopoldo Castedo, llegó a Chile hace unos días y se transformó en la testigo clave del caso del asesinato del dirigente del MIR, José Bordas. La mujer porta consigo una carta dirigida a la Corte Suprema firmada por personalidades mundiales como el premio Nobel de Literatura José Saramago, el Nobel de la paz Adolfo Pérez Esquivel, el músico Manu Chau y el obispo de Chiapas Samuel Ruiz, entre otros. La misiva, que se entregará hoy jueves en las dependencias del mayor tribunal del país, pide justicia por el caso de Bordas y por las torturas que recibieron a manos de los integrantes de la SIFA (Servicio de Inteligencia de la Fuerza Aérea) en la AGA (Academia de Guerra) cerca de 40 chilenos, entre ellos 20 aviadores de la FACH. Dentro de este último grupo se encuentra el general Bachelet, detenido en ese centro de tortura y las estimaciones señalan que durante el período en que funcionó el AGA pasaron más de 700 personas. Tanto la querrella de los civiles como la de los integrantes de la aviación son del 2001 y fueron adjuntadas en la misma causa. Sin embargo, hace un mes, el juez Fuentes Belmar envió la última a la Fiscalía de Aviación. La polémica se desató debido a que la FACH se negó a recibirla debido a que como institución no se hacen cargo de los crímenes ocurridos durante la dictadura y ahora la Corte Suprema tiene que decidir sobre la competencia de los tribunales: "No ignorará VSE los fuertes cuestionamientos a la Justicia Militar, los que incluso implicaron un pronunciamiento de la Comisión de Derechos Humanos de la OEA señalando que la justicia castrense no ofrecía garantía de imparcialidad y debido proceso", señala un párrafo de la carta.

Lo que molesta a Castedo es que las querellas aún no se resuelvan y que los responsables, como Cevallos y los integrantes de su equipo de tortura, aún anden libres por las calles. "Ya se han entregado todas las pruebas para acusar a Cevallos y ser condenados por torturas y asesinato.", señala la mujer. La carta además fue firmada por personalidades chilenas como el poeta Armando Uribe, el senador Carlos Ominami, la escritora Isabel Allende, Faride Zerán, Jaime Collyer y José Balmes por mencionar a algunos.

TESTIGO CLAVE

Beatriz Castedo declaró el miércoles de la semana pasada por el caso del asesinato del dirigente del MIR José Bordas. Es la testigo clave, ya que presenció el atentado ocurrido en la intersección de las calles avenida Kennedy y Alonso de Córdova en 1974. Debido de los siete impactos de bala que recibió en todo el cuerpo, el dirigente del MIR murió posteriormente en el hospital de la FACH. Lo grave es que los presuntos responsables del crimen y cabecillas del centro de torturas de la AGA, Edgar Cevallos Jones, Sergio Contreras Mejías y Braulio Wilkins, estarían mintiendo sobre el asesinato de Bordas. O, más bien, le están echando la culpa al muerto. Los ex integrantes del SIFA declararon al juez Fuentes Belmar quien sustancia la causa, que el ejecutor de Bordas fue Roberto Fuentes Morrison, "El Waly". Sin embargo, Castedo acaba de declarar que además del "Wally, también descargó su arma sobre Bordas, el coronel Cevallos Jones. Es grave pues de comprobarse se trataría de una conspiración elaborada meticulosamente entre los presentes en el asesinato. Este miércoles, Castedo se careó con Cevallos y hoy jueves lo hará con los otros dos que conformaban el equipo encargado de eliminar a Bordas.



El Premio Nobel José Saramago estampó su rúbrica en la misiva que Beatriz Castedo (abajo) entregará a la Corte Suprema.





Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME:
<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile y secundariamente de América Latina. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo. Deseamos que los contenidos y datos de documentos o autores, se presenten de la manera más correcta posible. Por ello, si detectas algún error en la información que facilitamos, no dudes en hacernos llegar tu [sugerencia / errata](#)..

© CEME web productions 1999 -2009 